

Ponencia Marianne de Tolentino

Inauguración 2da Feria Marginal

No creemos que el arte tenga el poder de producir los cambios colectivos, ni que tenga la fuerza para una solución a los males de la sociedad. Por esta razón, nos permitiremos modificar el tema que nos han atribuido. Reflexionaremos sobre el compromiso perenne del arte, y más en nuestra atribulada época. Sí, creemos necesario, imprescindible aun, que el artista sea un actor del cambio social y que sus energías creadoras sean instrumentos de concientización, de puesta en evidencia de los abusos y las injusticias.

Centraremos nuestra reflexión sobre la evolución del arte dominicano y sobre los años 60. que fueron el máximo período de inquietudes por la acción colectiva, por la transformación del concepto de originalidad a favor de una causa, por el valor conferido a la ruptura de una continuidad establecida. Lo hemos expresado y reiterado, no nos cansaremos de repetirlo: la década del 60 fue la época mayor en el Arte Dominicano.

Con el ajusticiamiento de Trujillo y desenlace de treinta años de tiranía, la nación y su pueblo exigieron y erigieron una vida nueva, la lucha por la libertad, con la integración del arte al proceso de democratización

El artista, consciente de su pertenencia a la sociedad y al pueblo dominicano, dejó de ser un espectador y puso su creatividad al servicio de los valores comunitarios, reivindicó un derecho a la rebelión, hasta creyó en la potencia de una transformación social a partir de la estética. Como bien lo expresó Jeannette Miller, "La década del 60 es un período de derrumbe y sepultura, también de nuevas definiciones y aperturas."

Las artes plásticas reflejaron pues el fervor político reinante. Constituyeron grupos y movimientos, lanzaron manifiestos por un arte nacional, movimiento que reflejaba la ideología nueva: la unión y la colectividad enfrentando el individualismo y el interés personal. Más de veinte asociaciones, integrando a menudo arte y literatura, se formaron entre 1961 y 1969, en todo el país, y desarrollaron actividades efímeras o durables.

Todas, siempre, exigían un arte comprometido. O sea que la actitud del artista, debía reflejar conciencia de su pertenencia a la sociedad y ponía la expresión plástica al servicio de una causa.

Preconizaban un arte militante, que se convertía en un campo de combate político a través de la estética. Pronunciamientos radicales llegaron a querer instaurar un arte de propaganda, instando a propagar una causa política y social mediante la imagen.

Sucedió entonces un fenómeno de creación mutua y solidaria, siendo el agrupamiento una ilustración de que el arte está ligado a la causa colectiva, al proceso social y no una manifestación discrecional, individualista e independiente. El arte estaba ligado necesariamente a los movimientos sociales y destinado a promoverse en los sectores marginales. La mirada también cambió en este aspecto, opuesta a la tradición del arte de elite, para una minoría.

Suelen distinguir dos fases en ese proceso: la primera del 1961 al 1965, como consecuencia de la caída del trujillismo, la segunda posterior, asociada a la Revolución de Abril y la contienda armada constitucionalista que se inició el 24 de

abril 1965, y cuya sede fue el centro de Santo Domingo. La antigua ciudad colonial se volvió sede de la resistencia a una simbólica neo-colonización del país por ocupación militar.

“Arte y Liberación” fue el primer grupo, en 1961, él que más duró y emitió tres manifiestos, pasando de las ansias de liberación y soberanía, nacional e internacional, a la condena del golpe de estado contra Juan Bosch. Reclamó un arte de denuncia y lucha en contra de la opresión, la corrupción y el terror, negando la práctica del Arte por el Arte y la estética decorativa.

Hubo un auténtico movimiento asociativo, no solamente en Santo Domingo – incluyendo a los barrios populares- sino en el territorio nacional, que requería una acción cultural conjunta por valores nuevos, sin discriminación ni privilegios.

En el contexto de la Revolución de Abril, una intensa vida cultural animó la zona constitucionalista, compartiendo literatura y artes plásticas, alternando teatro, música, poesía, recitales, talleres, exposiciones.

Un núcleo de pintores –“Comando de Artistas Constitucionalistas”- participaba activamente, siendo sus líderes Ramón Oviedo y sobre todo Silvano Lora, mentor y protagonista, aguerrido por su experiencia francesa y europea.

El arte estaba en la calle, omnipresente desde los letreros y los afiches...

El cese de las hostilidades y la solución híbrida al conflicto político marcaron el ocaso de la fraternidad, las utopías y las acciones, pero más de cinco años fueron necesarios antes de que se reanudaran las actividades institucionales. Fue solamente en el 1972, cuando se volvió a celebrar la Bienal Nacional.

Terminaré, evocando especialmente a Silvano Lora, maestro tal vez único de un arte combatiente sin tregua, destinado a provocar cambios en el arte y la sociedad.

Ciudadano del mundo, Silvano Lora vivió entre los exilios, voluntarios o forzosos, arribaba al suelo dominicano, debía salir otra vez y, de manera casi ineludible, aterrizaba en París...

La producción entera de Silvano Lora condenó obsesivamente la guerra, la miseria, la tortura, los abusos, la coerción. El practicó generalmente un “arte pobre”, un arte dramático, estremeciendo las conciencias. Nadie como él manipuló hojalata y latas vacías, aplastadas, encoladas, clavadas, recicladas en manifiestos del hambre y la pobreza.

Fue el gran mentor del arte militante y combativo. El conformó, gestó y animó tanto Arte y Liberación como el Frente Cultural Constitucionalista, tajantemente fiel además a los ideales socialistas hasta su último aliento.

Ahora bien, concluiremos con unas palabras de Pablo Picasso, genio universal y el autor del incomparable Guernica, cuya imagen, por cierto, ha circulado en estos días de confinamiento:

“No, la pintura no está hecha para decorar los apartamentos, es un instrumento de guerra ofensivo y defensivo contra el enemigo”.

Marianne de Tolentino

Fundadora, en 1981, junto a Silvano Lora, Pedro Mir, Jeannette Miller, Martín López, Danilo de los Santos, de la Asociación Dominicana de Críticos de Arte.

Miembro de la Asociación Internacional de Críticos de Arte.